LUZ CATÓLICA

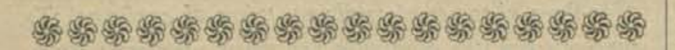
SEMANARIO CRÍTICO DE RELIGIÓN, CIENCIAS Y ESPAÑOLISMO

Director: JOSÉ DOMINGO CORBATÓ, Presbitero

AÑO I	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Un semestre.. . 4 ptas. Un año. . . . . 7 » Núm.º suelto. . 0'15 »	OFICINAS: *Bordadores, 12, 2.º* Valencia: 13 de Diciembre 1900	Anuncios á precios convencionales *Grandes facilidades á los suscriptores*	NÚM. 11

Predica la verdad, insiste con oportunidad y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina (2 Tim. IV, 2)

SUMARIO



LUZ

Azotar el aire

Decíamos hace ocho días:

«El oficio de periodista católico es agradable en algunos conceptos y desagradabilísimo en muchos. Momentos hay en que más ganas tiene uno de romper la pluma que de emplearla en ciertos asuntos tan peligrosos como enojosos. Daríamos diez años de nuestra vida por no vernos en ese trance; pero una vez puestos, una vez en la brecha para defender el Catolicismo legítimo, nos decimos: *age quod agis*; y no concedemos al error consideraciones que no merece. Hoy el negocio es más delicado y nuestra pena mayor...»

Hoy es todavía mayor que cuando esto escribí.

Tomo la pluma, la mojo, se seca, vuélvola á mojar y vuelve á secarse, y así mojando yo y secándose ella, paso media hora sin acertar á escribir uno solo de los pensamientos que bullen en mi mente. ¿Qué me pasa, Dios mío?... No, no quiero publicarlos; baste dejar á mis buenos compañeros la tarea ingrata de llenar este número de LUZ CATÓLICA con lo que importa más á la defensa de la verdad cuanto es más grave.

Duro, muy duro es el trance de tener que decir ó dejar decir lo que al corazón repugna y le pone en lucha con lo aconsejado por la razón y la necesidad. ¿Me obligáis, por fin, amigos míos? Amigos míos, ¿por qué no os ha de bastar lo insinuado en varios lugares de esta revista? ¿Es menester que declare todo mi pensamiento? No, no me resigno. ¿Queréis que lo declare en parte, autorizando la publicación de cartas que escribí en la intimidad? Sea, y caiga la responsabilidad sobre esos amigos pertinaces, cuyo empeño parece sea ponerme en la cruel alternativa de explicarme ó de retirarme.

Siglo de la luz se llama este que espira, y en ninguno hubo tantos enemigos de la luz, tantos ciegos voluntarios; ó por decirlo de otro modo: son muchos los que acuden á preguntar al Bautista quién es, y merecen que el Precursor les conteste llamándoles «raza de víboras»; son muchos los que van á oirle, y sin embargo, él se llama «Voz del que clama en el desierto».

Pero clamaba, aunque fuera en el desierto. Yo tengo hoy obligación de imitarle; mas por no caer en la temeridad de atribuirme sus palabras, diré que mi tarea será «azotar el aire». ¡No importa! La verdad se predica aunque sea á los peces, como San Antonio; y la verdad que yo me veo obligado a proclamar hoy, amigos míos, es dolorosa como la espina y amarga como la hiel; es una verdad que los buenos carlistas espero me agradecerán, á pesar de todo, y por la que se enfurecerán los carlistas liberalizados. ¡Venga lo que Dios quiera!

Cuya es la culpa

Conste que escribo este artículo y dejaré escribir lo que siga, obligado por las imprudentes pertinacias de muchos que no han querido entender, ó no han sabido; pero si no han sabido, suya es la culpa, mía no, pues yo les previne ya con estas palabras:

«Si alguien ha variado, prometo descubrir quién és, rogándoles para bien de unos y otros que *no me obliguen á decir lo que más vale quede enterrado en la fosa del olvido.* Creo y espero que acabaré por hacerme entender de ellos; y cuando me hayan entendido, verán que *no me extralimito ni les combato* si exclamo con ardor, en medio de mi inutilidad que hoy más que nunca lamento: «¡Buscad lo que buscáis, pero no está donde lo buscáis!» (LUZ CATÓLICA, número 3, pág. 37, col. 1.ª)

«Es muy fácil razonar así, acusar así y pedirme que publique dichas razones... Para contestar cumplidamente necesito publicar ciertas cosas para las cuales *quiero estar sobrecargado de razón..»* (IB. número 7, pág. 107, col. 2.)

Y aun hoy que permito se publiquen en parte, solo en parte, no es mi intento perjudicar en lo más mínimo á quien quiera que sea, y tampoco dar por sentado que el verdadero carlismo ya no existe. Todo lo que hago ó dejo hacer es que se conozca mi opinión, fundada aunque pobre, y se sepa que en la obra de LUZ CATÓLICA no procedo á la ligera. A continuación del último párrafo citado lo dije también: «*Yo no he desbancar á nadie; pero deseo poderme explicar.*»

Mi carlismo

Se ha de ver que no procedo sin consejo y maduro estudio, si bien parecían dispensarme de uno y otro las provocaciones que se me han dirigido por escrito y de palabra y en mi presencia y en mi ausencia: no faltarán ocasiones de sacar algunas á la vergüenza pública. Todas vienen á decirme que soy un renegado, un liberal, y que combato hoy lo que ayer defendí con un tesón de todos admirado.

Amigos míos, ¿tengo el don fatal de no saberme expresar, ó ustedes el de no entenderme? Yo creo haber dicho cincuenta veces con toda claridad lo que hace al caso; mas ya que, por lo visto, no basta, lo diré en otra forma, que á mí no me duelen prendas, ni salud, ni vida.

Ven acá, amigo mío, ven y expliquémonos y entendámonos. ¿Qué eres? Carlista: enhorabuena; pero dime en qué consiste hoy el carlismo.

—Consiste en la adhesión á un príncipe augusto que se llama Carlos y es por derecho de origen el legítimo heredero de la Corona de España. Su programa es santo, su política es ley, sus intereses nuestros, su voluntad indiscutible, su divisa *Dios, Patria y Rey.* Queremos que reine en España, por encima de todo y de todos, y para este fin luchamos *por todos los medios* y nos declaramos abiertamente contra todos los que no piensen como nosotros, porque la Providencia no nos ha de dar otro salvador: el salvador de España ha de ser Carlos VII. Este es mi carlismo; ¿cuál es el tuyo?

—*Si no hay más que ese, ninguno.* Yo nunca he sido en estos asuntos partidario de personas, sino de Causas. Si éstas quedan y las personas pasan, las dejo pasar y con las Causas me quedo. La Providencia puede hacer de un pastorcillo un David. Mi programa es el de la Tradición, no el de una persona; mi política es la católica y españolista; mis intereses los de mi Dios y de mi Patria, *cuyo esclavo debe ser el Rey;* mi voluntad vivir y morir por los principios católicos de mi fe y mi patriotismo. Si al derecho de *origen* no acompaña el de *ejercicio* ó administración, para mí aquél es tan nulo como éste. Carlismo es palabra derivada de Carlos, es palabra personal: busca otra que exprese causas y principios, y tal vez convendremos.

—Pero carlismo es sinónimo de Tradicionalismo, y esta palabra es todo un programa regenerador. El carlismo es la Tradición española, es el Catolicismo español en acción, es el defensor nato de la Iglesia y sus ministros, es el hijo fiel de la Santa Sede y del Episcopado, es una comunión cuyo Rey está del todo subordinado á la Patria, cuyos Rey y Patria se rigen en todo por la ley de Dios.

—Pues *si ese es el carlismo, ¡viva el carlismo!* ¡TE JURO QUE POR UNA COMUNIÓN TAL ESTOY DISPUESTO Á PERDER LA VIDA. Sin embargo, pudiera ser que te equivocases, ó por lo menos, que el carlismo de algunos buenos fuese el segundo y el de muchos otros el primero, de suerte que aquél, en la vida práctica, estuviese eclipsado por éste, y aun en buena parte de la doctrina. Entonces yo estaría con el segundo como estuve siempre, no con el primero; pero *aceptaría todo lo bueno que en el primero quedara, lo apoyaría, lo defendería* porque yo *quiero paz y unión con todo lo bueno, aunque combata lo malo que en él se mezcla.* ¿Te satisface mi manera de pensar?

—A medias, porque en resumen veo que eres enemigo del carlismo en sí, tal cual hoy existe.

—Te equivocas: piensa lo que acabo de decirte; y para que no creas que esta afirmación es del momento, vas á leer las siguientes, publicadas ya en LUZ CATÓLICA.

Repitamos por centésima vez

«No teman mis amigos políticos de ayer que yo sea su enemigo hoy; de nadie soy enemigo más que de los enemigos de mi Dios y de mi Patria, cuanto menos de ellos; pero si alguien ha variado, prometo descubrir quién es» (n. 3, pág. 37, col. 1.ª).

«Ninguno de los que ayer estuvieron á mi lado,

ora se trate de ellos en cuanto católicos, ora en cuanto afiliados á un partido, tiene que temer de la campaña de Luz Católica, en todo lo que no sea ir contra la Iglesia ó la Patria. En lo demás, *abunda cada uno en su parecer con libertad cristiana*. A la casa de Dios se va por muchos caminos. Si el mío y el de ellos son buenos, á la casa de Dios nos conducirán uno y otro, y al fin nos encontraremos en lo que es de Dios; *si uno es malo, nadie se ofenda de que los del otro se lo adviertan por caridad*» (n. 3, pág. 44, col. 1.ª).

«Bien está que sea usted españolista, y por ello le felicitamos; mas *para serlo, no necesita usted separarse del partido carlista*, donde tan buenos españolistas hay: LA CORRUPCIÓN DE ALGUNOS PARTICULARES NO ES CORRUPCIÓN DE LA CAUSA. Lo mismo diría si fuese usted afecto al Sr. Nocedal. Unámonos todos en españolismo como lo estamos en religión, y triunfaremos» (n. 4, pág. 59, col. 2.ª).

«¿Se empeñan algunos carlistas, no acordes con sus principios, en agotar nuestra paciencia para que rompamos contra el partido carlista? Pues no sean necios, porque *no lo conseguirán*, como tampoco otros hacernos reñir con los íntegros. Lo que dijimos el primer día, eso seremos, y por ello hemos recibido felicitaciones y alientos de notables personas de uno y otro campo.» (*Ibid.* pág. 60, col. 1.ª).

«Hay mal, mucho mal... en obras y en doctrinas, y ustedes lo reconocen. *Contra ese mal nos levantamos, no contra principios ni causas*, en un terreno en que podemos ser lebreles toda la vida, por lo cual ya no escogeremos otro» (n. 5, pág. 75, col. 2.ª).

«*Miente todo aquel que afirme que yo he abandonado los sanos principios tradicionales*, ó que impugno el carlismo ó el integrismo. Impugno el mal proceder de los que se llaman tradicionalistas y no lo son; pero defiendo la Causa y respeto los partidos que no sean malos de suyo. *Impugno á los liberalizados, no á los fieles; conducta, no principios santos.* El que otra cosa diga, me calumnia» (n. 6, pág. 89, col. 2.ª).

«Es falso que yo combata el carlismo en sí, es calumnia: no he salido á combatir carlismos ni integrismos, sino el neo liberalismo ese que de todo se apodera. Combato el mal como puedo y sé: el que no sea cofrade que no tome vela. Escribo en católico, nada más que en católico. Olvidan los tales aquellas palabras famosas: «*Dedíquese el Clero á formar católicos...*» Carlistas hay que ven por dónde van las aguas, y no pocos me han escrito felicitándome, lo mismo que algunos integristas» (n. 7, pág. 107, col. 2.ª).

«No hemos salido á combatir personas, ni causas aceptables, sino errores, cismas é impiedades. No tenemos más política que la del Catolicismo y del Españolismo. *Ni uno ni otro están reñidos con las buenas causas.*» (N. 8, pág. 113-114.)

«¿Nos presentáis un rey legítimo, así de origen como de ejercicio? Venga ese rey, venga, llámese Cárlos, ó Jaime, ó Juan, ó Alfonso. ¿Nos lo presentáis ilegítimo en alguno de los dos conceptos? No lo queremos, pero nos uniremos con vosotros en todo lo que sea para bien de la Patria, *seremos vuestros amigos*... Vaya, amigos, meditad un poco estos precedentes y esperad con nosotros un rey según el corazón de Dios. Si D. Víctor lo es, venga D. Víctor, si lo es D. Carlos, paso á D. Carlos.» (N. 10, pág. 146, col. 2.ª, y 147, col. 1.ª)

Principios y fines

Pedir más claridad fuera empeñarse en no verla; sin embargo, muchos deben de tener este empeño, á juzgar por el que demuestran en no entenderme. Y cuenta con que mis declaraciones no se reducen á las copiadas, cuyo concepto principal es la paz con ciertas cosas y personas, sino que hay otras acerca de mi interés en defender principios, tales como la siguiente del núm. 3, págs. 36 y 37:

«Pobre he sido y pobre soy, y si de apuros he de salir abdicando los principios católico-sociales que siempre he defendido, primero me caeré en la calle muerto de inanición ó de hambre. *El mismo soy que fuí siempre*, el mismo seré que soy, mientras Dios no me abandone. Estoy donde estaba, importándome tan poco como siempre los intereses de las personas, cuando se trata de defender los de la Iglesia y de la Patria. *Por ser el mismo de siempre estorbaba en la casa*, á muchos, si no á todos; á la política actual, si no á la pasada; y no habiéndome gustado nunca servir de estorbo, cogí lo que me pertenecía, que era mi Catolicismo y mi amor á la Patria y sus Tradiciones, y llorando *me subí al tejado* (no salí de casa) *para ver mejor el cielo y no bajar ya.*»

Con todo esto, dícenme, tratando inútilmente de marearme, que soy un taimado enemigo de los carlistas, porque publico los defectos carlistas. Luego vosotros que tenéis á gala publicar los del Clero, sois enemigos taimados del Clero; vosotros que calumniáis al Papa y á los Obispos, sois enemigos taimados de los Obispos y del Papa; vosotros que publicáis los defectos de la Iglesia Católica militante, sois enemigos taimados de ella y no sois católicos: ¿ese es vuestro carlismo?

La lógica es inflexible; si vale para mí, valga para vosotros, amigos míos, ó convenid en que andáis fuera de razón, fuera, hasta en suponer que el carlismo no tiene defectos. Tiénelos como todo lo terreno; tiénelos de gran bulto; y si yo publico los que son menester, culpa es de los que me obligan con sus pertinacias. Si, con todo esto, me culpáis, culpad antes al mismísimo D. Carlos que en su *Diario* escribió estas grandes palabras:

«Creo que todos los partidos, *incluso el carlista*, «han pecado. Por el solo hecho de ser partidos, *son*

»*malos*.—El partido carlista, como colectividad, como »principios, es perfecto... pero como individuo, es »muy imperfecto, es compuesto de hombres como los »demás, y cada hombre tiene sus defectos, sus am- »biciones; cada hombre es hombre. Las masas car- »listas son una gran cosa, son el pueblo de Pelayo y »de la Independencia, son heroicas... pero *la plana »mayor no es lo mismo; allí sobresalen más las pa- »siones...*»

Así habla D. Carlos, así hablo yo, así hablan los hechos. Creedme, amigos, la cuestión, para la mayoría, no es ya de principios, sino *de fines*, esto es, de egoísmos, en unos por tonta ambición y en otros por miserable orgullo. Ya no se piensa de dónde partimos, sino á dónde nos acomoda ir.

Un pecador y un escogido.—Llamamiento

Diréis, sin duda, que todos esos defectos y muchos más tengo yo. ¡Oh amigos! no solo tengo defectos, sino pecados gravísimos... pero ¿qué importa esto para la verdad? Copio otra vez de LUZ CATÓLICA (N. 6, pág. 89, col. 2.ª):

«Hoy por hoy no les ruego más que una cosa, y es que, si mis doctrinas son buenas, las acepten aunque maldigan de mi conducta, que eso es lo que mandó Jesucristo hacer hasta con los fariseos. Creedme, amigos, destrozadme, si os creéis con derecho; pero no cerréis los ojos á la verdad, venga de donde venga. Si yo la digo con malas formas, perdonad mi torpeza, prescindid de las formas, pero seguid la verdad, defended la Causa, cuyos enemigos más temibles son hoy la mayoría de sus adeptos.»

No obstante la confesión que hago de mis defectos y pecados, he de rechazar la inicua especie vertida por algunos que no saben á qué diablo encomendarse para infamar mi obra. Dicen que, si he inventado eso del españolismo, es para llamar la atención y ganar dinero, porque no tengo de qué comer; y á la misma causa atribuyen mi actitud respecto del carlismo.

Pues ¿no habíamos quedado en que yo tenía, para publicar LUZ CATÓLICA, una bolsa de dos metros repleta del fondo de los reptiles? ¿Cómo es eso, que ahora no tengo que comer? Poco tengo, muy poco, es verdad, y he de dar de comer á seis: por eso trabajo, sí, por eso, lo cual si es deshonra, me gusta ser deshonrado; pero trabajo además, y en primer lugar, por defender la verdad católica, á la cual he consagrado mi pobre vida y por la cual estoy dispuesto á sacrificarla. Por lo demás, mis compañeros de redacción sacarán textos viejos en prueba de que no son nuevos mi españolismo y mi actitud: aquí, si algo se inventa, si algo hay nuevo, son las patrañas de mis detractores.

Obren y piensen estos como les plazca; yo no he de cejar, yo dejo por un momento á un lado mi pequeñez, me dirijo á los carlistas buenos, aunque sean pocos, y les digo:

Compañeros, sois buenos católicos, y creéis en la verdad infalible de que Dios gobierna los pueblos y les da los bienes ó males que merecen. España necesita de un hombre, de un Rey; si lo merecemos, Dios nos lo dará: procuremos merecerlo y esperemos confiados. Si el Rey futuro no ha de ser D. Carlos, inútil es empeñarse en que lo sea, porque el hombre propone y Dios dispone; si D. Carlos ha de ser ese Rey, lo será por más que los malos carlistas se empeñen en corromperlo todo. Lo que Dios quiera, eso ha de ser.

Por lo tanto, nuestro afán debe ser el que á cristianos y católicos corresponde, esto es, preparar los caminos al que ha de venir en nombre de Dios, y que vendrá, no lo dudéis, vendrá. Si es D. Carlos el que ha de venir en nombre de Dios para que se confundan los malos carlistas de ahora, tanto mejor; venga don Carlos. Lo que ahora nos toca hacer es preparar los caminos á ese Cristo, al Gran Monarca de todas las profecías y de todas las esperanzas; y para eso, seamos españolistas. ¿Véis como el españolismo que os aconsejamos puede ser carlista?

Si D. Carlos no es el designado por Dios, no vendrá por más que os empeñéis,—y permitid mi insistencia;—si es el designado, yo os aseguro una y mil veces que no lo traerán los carlistas de hoy, sino los españolistas de mañana. Sed católicos y españolistas antes que políticos de un partido, y un día os felicitaréis.

Autorización

Sr. D. José Abella Marín, Presbítero.

Amigo y compañero muy querido: Tratándose de esclarecer una verdad que á todos nuestros amigos importa, y en vista de lo que usted y demás compañeros de redacción me aconsejan, autorizo á usted para publicar en LUZ CATÓLICA los extractos de mis cartas que á juicio suyo deban publicarse, con las dos condiciones siguientes:

1.ª Que los párrafos escogidos sean textuales.

2.ª Que se omitan nombres de personas, excepto el del Sr. Melgar, si ustedes lo creen conveniente, por que á este no se le hace el perjuicio que podría hacerse á los otros. En privado pueden enseñarse estos nombres á quien los quiera saber; en público bastan por ahora las iniciales.

Permítame, amigo del alma, que aproveche esta ocasión para manifestar á usted públicamente mi agradecimiento por la gran ayuda que me da en todos sentidos, y á usted y los demás compañeros por el interés con que se proponen defender la fidelidad y consecuencia de mi catolicismo y de mi españolismo ultrajados.

Su amigo de corazón en el Sacratísimo de Jesús,

JOSÉ DOMINGO CORBATÓ, PBRO.

Autoridades

XI

El Rey por la Patria, el Rey y la Patria por Dios

(*Citas sacadas del* CATECISMO DEL CARLISTA)

«El pueblo español, hastiado de favores y harto de reyezuelos, tiene hambre y sed de justicia y necesita de rey; pero rey legítimo, de rey que no lo sea de un partido, sino de todos los españoles; de rey que llame en torno suyo á los más honrados y á los más capaces, para que le ayuden á establecer y fundar un gran Gobierno» que es lo único que España necesita para ser un gran pueblo.» (APARISI GUIJARRO: *Circular oficial.*)

«Ayer me dijo (D. Evaristo Cañizares, republicano): si va usted á España, por Dios, justicia, justicia: que no se haga política de partido, que sea política española. Tiene usted razón, le contesté; para no llevar la justicia á España, prefiero venzan ustedes.» (DON CARLOS.)

«Si se tratase meramente de un derecho personal; si el abandono de ese derecho pudiese contribuir al bien del pueblo español, no sería para mí penoso sacrificio, sino bendecida mi fortuna. Y si fuera sacrificio, yo lo haría pensando en mi España.» (DON CARLOS.)

«No lucharía, como lo he hecho, sólo por mi causa personal.» (DON CARLOS.)

«No podía ceder en los principios, para mí sagrados, y lo que me proponían (Prim y Sagasta) los minaba por su base. Les signifiqué yo que no iría al trono sino con la libertad necesaria para hacer el bien de mi pueblo, que sin ella, prefería morir en el destierro.» (DON CARLOS.)

«Hora es ya que dirijamos nuestra vitalidad por otros cauces, y de que utilicemos estos momentos de espera en que todavía no nos toca entrar de un modo militante en la política de nuestra Patria, preparándonos maduramente á buscar solución á las grandes cuestiones.» (DON CARLOS.)

«Dedíquese el Clero á formar buenos católicos; la fuerza de la lógica los hará carlistas.» (EL MISMO.)

«Todo carlista ha de aceptar *en su pureza é integridad* los principios de nuestra bandera. El que así no lo hace, *está contagiado de liberalismo*; y *el que es liberal ó tiene tendencias liberales*, NO PUEDE SER CARLISTA; son dos espíritus que no caben juntos en un mismo cuerpo. Si el que abraza *la verdad íntegra* puede ser carlista, *el que la rechace no puede pertenecer á nuestra comunión.*» (EL PENS. DEL DUQUE DE MADRID.)

«A la Iglesia pertenecen el magisterio y la jurisdicción, siquiera indirecta, *en todo el orden político*... EL CARLISTA HA DE SER COMO ES, Ó NO HA DE SER.» (N. VILLOSLADA.)

Si este carlismo de AYER es el mismo de HOY, nos lo dirán más abajo las cartas que vamos á copiar.

LECCIONES PARA CIERTOS CATÓLICOS

LECCIÓN XI

La voluntad nacional

Dijimos en el artículo editorial de nuestro último número, que el derecho de origen de los soberanos viene de la voluntad nacional, que puede ser tácita ó expresa, y esto escandalizó á unos cuantos que «blasfeman de lo que no entienden». Dígnense tener presente en lo sucesivo el siguiente pasaje infalible de la Encíclica *Diuturnum*, repetidas veces citada por nosotros, y el cual compendía maravillosamente la doctrina católica:

«Los que están colocados al frente de los negocios públicos, pueden, en ciertos casos, ser elegidos por la voluntad y la decisión del pueblo, sin que la doctrina católica lo contradiga ni repugne... Esta elección *designa al príncipe*, pero no le confiere los derechos del principado; no le da la autoridad, aunque *determina por quién ha de ser ejercida*».

Esta voluntad del pueblo unas veces es actual, y de ella habla el pasaje citado; otras virtual, como en las monarquías hereditarias, que no son legítimas sin la voluntad general del pueblo, ó por lo menos sin el consentimiento del mismo. Esta es la doctrina católica y la natural, esta, esta, esta, y desafiamos al mundo entero á que nos pruebe lo contrario. El usurpador es ilegítimo, no tiene derecho; pero si gobernara bien y el pueblo tácita ó expresamente le reconociese, con esto se legitimaría, y el destronado habría perdido su derecho.

Y pues la historia prueba para el vulgo más que la filosofía, recuérdese, entre mil ejemplos, la legitimación del Papa Vigilio, de la que habló nuestro número último, y de la cual dicen muchos autores que se hizo meramente por la voluntaria sumisión del clero, una vez muerto el Papa legítimo. Recuérdese también la deposición del rey Sisenando y la elección del rey Suintila, hechas primero por la voluntad popular y confirmadas luego por el Concilio IV de Toledo.

Por lo que más se pierde el derecho y con él la legitimidad, es por claudicar en los principios religiosos, ejemplo el rey Ozías. *El derecho divino*, que tanto invocan algunos, es de la Autoridad en sí misma, no de los reyes que la ejercen: la Autoridad viene de Dios; los reyes del pueblo. Y repetimos que desafiamos al mundo entero á que nos pruebe lo contrario.

(242) J. D. C.

Ayer, hoy y siempre

IX

«El pueblo de que hablamos no es la plebe, no es la *gente menuda*, como se dice en las partidas, sino *el*

ayuntamiento de todos los omes, de los mayores, medianos é menores.

«La ilegitimidad de ejercicio nace del abuso del poder. El gobierno se hace ilegítimo en cuanto se aparta del bien común de muchos y se busca el particular de quien gobierna. Para no contraer la ilegitimidad de ejercicio, debe el príncipe sacrificar su bien particular en provecho del bien común, siempre que sea necesario. De no hacerlo, su dominación degenera en tiranía; ya no es justa, ya no es legítima, ya no es aceptable.

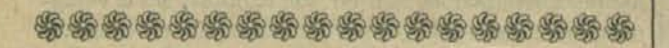
«Lo justo es lo que se posee bien: luego todo lo que se posee mal es usurpado; y *se posee mal cuando se usa mal* (San Agustín).

«La Iglesia, dice S. S. León XIII, manda que el gobierno esté constituído sin injuria de nadie, y singularmente *dejando íntegros los derechos de la Iglesia*».

«Por la violación de estos derechos venerandos es por donde más incurren los príncipes en ilegitimidad de ejercicio y por donde vienen más calamidades á los pueblos. *In leges divinas impie agere impune non cedit*, dice el 2.° de los Macabeos.»

(P. Corbató. *Los Consejos del Cardenal Sancha.*)

Vayan nuestros amigos pensando cuántos príncipes legítimos se encuentran hoy en el mundo, ora reinen, ora no.



La variación carlista

PÁRRAFOS LITERALES

escogidos de las cartas íntimas del Padre Corbató

Primera serie

Toda cuestión de actualidad nos parece de un interés secundario ante la cuestión anunciada por nuestro querido Director en el contundente artículo que precede. Hágase la luz, ya es hora. Dispensen nuestros lectores que consagremos al asunto todo este número de Luz Católica, porque el caso lo merece. Publicaremos la *segunda serie*, y aún la tercera si es menester; pero ya no ocupando todo un número, sino poco á poco, á no ser que la gravedad de las circunstancias aconseje otra cosa.

Nos permitiremos intercalar algunos paréntesis. Nuestro Director va á manifestarse tal como es. Nos prohibe elogiarle; pero si nuestros lectores comparan sus cartas con lo que se dice por ahí, bastará por todo. Estas cartas son verdaderamente proféticas. Leed, amigos y enemigos.

De cómo hay intereses que no se concilian con los del Carlismo

Sr. D. M. M.

Voy á ponerte un ejemplo; algunos ejemplos valen más que un tomo de razones.

Tú y yo somos hermanos, hijos del mismo padre y de la misma madre, y nuestra familia es la más distinguida de la ciudad. Tenemos otros hermanos, cuya conducta no sabemos tolerar tú y yo, porque nos parece detestable; pero nuestro padre, cansado de reprenderlos y castigarlos inútilmente, se acuerda de que *in bon vinces malum*, y cambia de táctica; les trata con mucha bondad, tolerando y haciendo la vista gorda, para ver si á fuerza de amabilidad los domina y convierte. Ni á tí ni á mí nos parece bien esta manera de proceder de nuestro padre; pero yo, hijo respetuoso, sigo amando á éste y respetando sus disposiciones con resignado silencio, al paso que tú te revuelves airado contra él y hasta en público le arguyes de pecado y le cubres de ignominia. El padre, la madre, yo mismo, te invitamos á la concordia para bien de todos, cediendo cada uno algo de su parte; pero tú nada quieres saber, mientras no se acomoden todos á tus gustos, tus miras y tus intereses. Con esto das al padre y á toda la familia disgustos atroces, con lo cual vas perdiendo poco á poco el afecto de ellos hasta tal punto, que sólo porque eres hijo no te echan de casa malamente.

Con todo esto, yo sigo queriéndote; y aunque aprobando los tradicionales principios de familia en que te fundas, no apruebo todas las aplicaciones que les das, porque más obligación tengo de ser hijo respetuoso que hermano condescendiente. Comienzas, pues, á perderme el cariño, después que por defenderte me lo perdieron también mis padres y los demás hermanos. Esta contrariedad no influye en mi conducta; sigo respetando á mis padres y amonestándote á tí como buen hermano, y tú te irritas conmigo hasta el extremo de infamarme con mentiras y calumnias. Sin embargo, todavía entonces sigo la misma conducta, porque la conciencia me la impone.

Así las cosas, sale en la ciudad un quídam osado y soberbio que se desperece porque todos hablen de él, y para su intento no halla cosa mejor que pisotear la honra de nuestros padres que son las personas más ilustres de la ciudad. Lamentando yo que de este modo se atropelle el honor de mis padres con inmenso perjuicio de toda la familia, y previendo el escándalo en que caerá tu alma enfurecida contra ella, trato de atajar el mal. Salgo, pues, al paso de aquél hombre sin conciencia y sin decoro, le amonesto, le arguyo, le predigo su condenación por los tribunales; y cuando yo esperaba que tú, mi hermano, reconocerías mi celo y mi razón, te vas con aquél mal hombre.

Confiesas que digo verdad y él mentira; pero no consientes que le impugne, porque él es enemigo jurado de tus padres y quieres dejar que los destroce: sólo de pensar el daño que puede hacerles, te frotas de gusto las manos. ¿Y tú eres buen hijo? Dices que sí. Lo que eres, hermano mío, á juzgar por estas tus obras, es un hijo espúreo y no mejor hermano, pues también contra mí te vuelves ya del todo porque no estoy conforme en que se deje al malvado proseguir su labor impía. Sin embargo, sigo queriéndote con amor de hermano, al paso que tú sigues irritándote contra mí; llega un día en que el calumniador es condenado, y ni aún entonces te reconoces; antes bien, te conduces de tal modo, que me obligas á dejarte hasta tanto que te conviertas, quedándome entretanto con mis padres de quienes tú abominas.

Aquí acaba el ejemplo, querido amigo: no sé si com-

prenderás; yo te digo que es historia pura y podría ser profecía, y no ciertamente por tí que jamás serás el hermano de mi ejemplo. ¿Quieres un poco más de luz? Pues supón que yo soy el mal hijo y tú el bueno, yo el carlismo nuevo y tú el carlismo tradicional. Pues bien; yo, carlismo nuevo, cojo la pluma y te digo á tí que eres el tradicional y el que combates al mal hombre del cuento por tus padres.

«Las cosas dichas por V. son, como no podía menos, acreedoras á ser suscritas por todo carlista. Claro está que de la ilustración de V., de su sólida doctrina y de su ingenio no hay que temer cosas censurables. Lo que no me pareció bien es el paso en sí, ó sea el hecho de romper el fuego contra un hombre que... está moviendo grandísima guerra á los enemigos nuestros más encarnizados, más terribles y que más daño pueden hacernos.»

—¿Quiénes son? me preguntarás.—El Papa y los Obispos: espera y lo irás comprendiendo.

«Tanto daño, que al lado suyo, el que pueda causarnos *El Urbión* y su director, resultan cantidades completamente despreciables.»

—Pero el daño, dirás, que Papa y Obispos puedan hacernos, será, si es, en política, no en Religión como aquél periódico lo está haciendo.—Dices bien, amigo; pero este daño en religión, ya te lo he dicho, es «cantidad completamente desconocida» en comparación del daño político. Sigo escribiendo.

«Leo con atención todos los números de dicha revista, y no se me oculta que va flechada al cisma, ó mejor dicho, que ya está en él hasta la coronilla; pero *á nosotros ¿qué nos va ni nos viene?*

—A mí si que me va ó me viene, dices, pues sólo por religión soy carlista.—Pues á mí no, y lo soy también. Lee y no me interrumpas.

«*Ni aún siquiera por caridad debemos intervenir.* Dejando pues, á un lado la caridad fraterna, el hecho es que *El Urbión* se lanza á banderas desplegadas, y su bandera no es la nuestra, contra los nocedalinos de una parte, y de otra contra esa *porción de la jerarquía eclesiástica* que los liberales llaman el *alto clero.* Y se lanza con tal furor, que *El Urbión* quedará estrellado y se hará mil añicos; pero los cascos de su rotura herirán mortalmente á muchos de nuestros enemigos más rabiosos. *No veo que en ello perdamos nosotros lo más mínimo.*

—¡Cómo! ¿no perdemos los carlistas lo más mínimo de que se hiera mortalmente la jerarquía eclesiástica? Pues ¿qué somos los carlistas?

Lo que quieras amigo; pero yo te invito á pensar de dónde han podido salir las palabras que te he puesto entre comillas, y á compararlas con el ejemplo de arriba. Lo que te puedo asegurar es que deseo y pido á Dios que me saque del mundo antes que escribir yo semejantes palabras.

Advierte, para terminar, que según ellas, una revista «flechada al cisma ó ya en él hasta la coronilla,» puede hoy hacer gran beneficio á nuestra política, á la cual perjudica la «doctrina sólida.» Verdad es que ésta no es rechazada en sí misma, pero lo es en sus aplicaciones y efectos.

París 20 de Junio de 1899.

Miras católicas y miras carlistas

Al Sr. D. Francisco Martín Melgar, secretario del Sr. Duque de Madrid.

¿Le parece á usted bien, amigo mío, que se hagan contra el Clero algunas campañas que se han hecho, y alguno se encare hasta con el Papa en un semanario popular, para darle una lección de ortodoxia? Usted mismo dice que «es carlista de buena fe» el autor del consabido folleto, y con su buena fe indudable (le conozco y tengo por buen católico) nos echaba al cisma por el rey. Pues los engaños de esa buena fe vienen de algunos artículos publicados en nuestros periódicos... No lo hubiera hecho sabiendo que lo habíamos de reprobar casi todos. ¿Quién le hizo creer lo contrario, si no la atmósfera que se respiraba y la campaña que se hacía?

Por otro lado *El Urbión*, muy leído de los nuestros, confirma con tres mentiras por cada verdad el fondo de todo eso; y yo que estuve por allí hace poco y ví y palpé el huevo del cisma, creí de mi deber sacerdotal, ya que Dios me da abnegación bastante, trabajar en romperlo antes que empollase.

Con ser tan ardiente mi carlismo, no supedito á él mi sacerdocio; si *El Urbión* hace al carlismo un *beneficio político* acometiendo á nuestros enemigos, y un *perjuicio religioso* corrompiendo á los amigos, mi opinión era que debía evitarse el perjuicio renunciando noblemente el beneficio, porque *antes que políticos somos católicos.*

Los cascos de la rotura de *El Urbión*, como usted dice, podrán herir mortalmente á varios enemigos nuestros; pero antes que estalle y desaparezca, no serán pocos los amigos contagiados de los gases deletéreos que despide. Para un católico, esto es lo primero que conviene evitar, esto es lo que traté de evitar yo; tanto más cuanto que, á mi pobre manera de ver, todos los destrozos de *El Urbión*, NO NOS HAN DE DAR NI UN GRANO DE VENTAJA, antes al contrario; y si en política nos dieran alguna, por religión sentiría yo que viniese de un papel tan lleno de escándalo.

Procuré el bien de mis amigos; los míos deseo yo que sean buenos, que no con malos ha de triunfar el Rey. Gedeón triunfó con 300 buenos, y por un solo malo perdió Josué con 3.000... *El Urbión* está maleando á muchos de los nuestros... Hay herejías materiales que no hacen daño, como la que con muy buena fe dijo hace poco el Sr. Polo en *El Correo Español*, esto es, que persona es una substancia informada por un principio racional. Ahora bien; Dios no es *informado*, ni es *racional;* luego no es persona, y saque usted consecuencias. Las herejías del *Urbión* son de otro estilo y hacen daño.

París 21 de Junio de 1899.

(El resto de esta carta es muy afectuoso y respetuoso.)

Tribulación y pesadumbre

Sr. D. J. R.

Me voy pasando unos días de desazón indescriptible. ¡Cómo ha de ser! No tengo derecho á quejarme, porque eso y más merecen mis pecados. Y *si no se tratara más que de ingratitudes, yo bendeciría á Dios en mis penas,* alegrándome, como muchas veces me ha sucedido por su

misericordia, de tener ocasión de satisfacer en esta vida lo que había de satisfacer en la otra, y motivo de acercarme más á Dios; porque siempre, siempre en la tribulación he sentido renovada mi alma, más cuanto mayor ha sido.

Pero al presente siento una pena que no había sentido nunca; una pena que no me deja comer, ni dormir, ni sosegar, porque veo algo *en nuestra casa* que recuerda la abominación de la desolación en el templo; y ante eso, y ante las consecuencias funestísimas que veo tan claras como las letras que escribo, la tribulación personal mía, que con ello anda mezclada, no me importa un adarme. ¡Dios se apiade de España y del carlismo! Y también de mí, porque estoy enfermo de tristeza que no acierto á disipar.

Entre Pey y otros han hecho mucho daño á los nuestros en cuestión de fe: nótase un espíritu que tiene poco de Dios. Usted mismo me dice que *no hay quien hable de Obispos á los nuestros*, y este síntoma es fatal... Todo lo que ganan los carlistas con atacarles tan descaradamente como acaba de hacer *El*... es ir á la ruina. Vamos perdiendo el espíritu católico que es el alma de nuestra Causa; nos vamos liberalizando, y *el término ha de ser fatal.*

París 16 de Julio de 1899.

De cómo al nuevo carlismo son simpáticas las ideas peligrosas

Sr. D. J. B.

Al comenzar yo mi maltratada campaña contra el desgraciado Pey, sabía que no sería agradable á muchos carlistas; sabía que me acarrearía muchos disgustos, y me parece que bien claro lo manifesté en mi folletito... He visto el espíritu fatal que se va desarrollando entre los nuestros, y no he podido menos de romper mi largo silencio. Una vez en la brecha, no estoy dispuesto á volverme atrás, aun á riesgo de que me vuelvan la espalda todos los carlistas. Así me ha hecho Dios, y no estoy descontento. Mientras pueda, obedeceré al Apóstol: «insta oportuné, *importuné.*»

Vivimos en una confusión espantosa, amigo mío, tan espantosa como no la hubo jamás en la Iglesia. Se dicen las cosas de tal modo que parece se den papillas á los niños, y ni aun los doctos las entienden. Cantado y rezado he dicho que no niego los males que causan muchos ministros de la Iglesia, y que apruebo una campaña *razonable* contra ellos, como yo mismo la acabo de hacer; pero que no se necesita para eso ser un hereje pestilente, como lo es el infeliz Pey que me da gran lástima.

Me espanta nuestro modo de ser, explicado por usted en dos palabras: «Pey tiene entre los carlistas simpatías, *precisamente por eso*, POR SUS IDEAS PELIGROSAS.» Pues dígase, amigo mío, que los carlistas no son católicos, y hemos acabado. ¡Dios mío, qué situación!

Esta es la principal razón de mi nuevo libro (*Los Consejos del Cardenal Sancha*). He querido hacer ver que no se puede hacer una buena campaña sino abrazándose *en absoluto* con las doctrinas católicas... Yo no soy profeta, amigo mío; pero tengo la seguridad absolutísima de que, si los nuestros siguen con esas tendencias, se acaba en los carlistas el Tradicionalismo para dar paso á un nuevo partido más liberal que los ya existentes; *así no se triunfará nunca, nunca*, ni aun con un ejército de 300.000 hombres. Acuérdese usted de esto que le digo...

París 31 de Julio de 1899.

Sobre lo mismo y algo más

M. R. P. Fr. E. E.

Ante mi religión, no admito consideraciones de bandería, por especiosas y atendibles que parezcan... El redactor... me ha escrito una carta espantosa, de la cual voy á copiar aquí algunos párrafos para que usted se entere.

«Cuanto á su (mío) trabajo *El Urbionismo*, es hermoso, contundente, y el paralelo aquel entre las doctrinas católicas y las opiniones urbionistas es acabadísimo; pero *se aplaude y gusta cuanto tienda, directa ó indirectamente, á atacar al alto clero y á la Curia Romana;* y como que Pey á eso tiende y usted no, la consecuencia es que su trabajo, en opinión de muchos, no es oportuno (algo peor se dice). Su campaña contra Pey es valiente y acabada; tiene usted de su parte la razón y la doctrina católica *(nota bene)*; serán las opiniones de Pey cismáticas y heréticas; pero á pesar de todo eso, Pey tiene entre los carlistas simpatías, *precisamente por eso, por sus ideas peligrosas*... Que es el estado ese muy triste no he de negarlo; pero ¡créalo usted! *millares de carlistas están pidiendo un cisma*, y no han faltado correligionarios nuestros que ¡pásmese usted! hayan *jurado pegar fuego*, cuando haya ocasión, al colegio de Jesuitas y al Palacio Episcopal. Puedo citar nombres, y no pocos.»

¿Qué le parece á usted?... Pues precisamente porque yo ví algo de eso traté de remediarlo con mi carta á Pey; pero el carro estaba ya muy atascado. Pey es el ídolo de muchos carlistas, de cuyas suscripciones se sostiene *El Urbión*. ¿Esto no es para espantarse? Repito que lo copiado me parece exagerar algo; pero crea usted que, en el fondo, desgraciadamente es verdad, y el que eso me escribe lo sabe bien.

París 8 de Agosto de 1899.

Un ruego desatendido

Sr. D. Francisco M. de Melgar.

No sé por qué escrúpulo tonto omití, en la carta que tuve el honor de dirigirle ayer, la verdadera razón de lo que me tomé la libertad de pedirle en ella. Se la voy á declarar en sentido expositivo; sin sombra de segunda intención, y como para confirmar lo que sin duda sabe usted mejor que yo.

Ví que entre los nuestros se desarrollaba un pésimo espíritu, gracias, sobre todo, á la insensatísima campaña de Pey Ordeix, por lo cual usé de mis derechos y deberes sacerdotales, publicando mi folletito... Desde entonces he recibido muchas cartas de unos y otros, confirmándome aquel mal espíritu para probarme que me hago poco simpático con oponerme al ídolo de muchos carlistas engañados.

Por eso, mi buen amigo, me permití rogarle que

dijera algo de *las doctrinas* de mi nuevo libro *(Los Consejos*, etc.), si es oportuno, olvidando completamente *la persona.* Señor Melgar, créame que convendría atajar, sea por el motivo y en la forma que sea, la corriente que se observa entre los nuestros: llegará á ser fatal si no se corta.

París 8 de Agosto de 1899.

Al redactor-jefe de un periódico carlista

Sr. D. B. B.

¿Doy pena militando en la comunión carlista? Doscientas razones me dicen que sí; pero se fundan en hechos harto innobles, y yo desearía complacer á muchos, tomando otra actitud fundada en una razón digna y clara, que será bien recibida, aunque me sea tan adversa como puedo suponer. Harto de bofetones de altos y bajos, alguna vez he resuelto guardar en lo sucesivo mi carlismo para mí; pero el deseo vehemente de ser útil á la Causa me ha hecho quebrantar el propósito, sin más fruto que nuevos y más crueles desengaños. Serán merecidos, no lo he de discutir, pues me falta el arte de saber agradar y me sobra la fama que me han puesto algunos santos sin conciencia, á quienes Dios perdone y salve; pero si por torpeza innata no acierto á ser más discreto y modoso, con todo esto creo que no diría mal á la gratitud tener algo presente la buena voluntad con que lo he sacrificado todo por la Causa, todo menos mi conciencia, y por ese sacrificio estoy ahora vilipendiado, necesitado y enfermo.

No me asustan acusaciones ni me envanecen alabanzas... Podrá usted no contestarme, cosa probable y que no dudo le dará pena; mas si usted quiere hacer un buen servicio á los que se la imponen, dígales ó escríbales que, si yo poseyera una corona, la pondría por escabel á Carlos VII para que subiera á su trono; pero que, previniendo deseos mal velados, pondré á mi carlismo un candado que ya no se abrirá; y que si el ingenio humano se estrella contra el misterio, la Providencia lo descubrirá paladinamente, esa Providencia para la cual no hay papeles ocultos ni intereses de familia, esa Providencia «suscitans de terra inopem» que á unos hará caer vencidos y á otros subir triunfantes, *muy al revés de lo que esperan y se proponen los políticos y diplomáticos del día.*

París 3 de Septiembre de 1899.

Declaraciones íntimas que resultan profecías

Sr. D. J. R.

Desde que tuve la osadía de contradecir las aficiones de algunos, atravesándome en el mal camino de Pey Ordeix, he devorado disgustos atroces, venidos todos *de casa* y exacerbados con motivo del libro *(Los Consejos).* Sin que se me haya hecho ni la más pequeña indicación de lo que pasa en ciertas esferas, me atrevo á decir que lo sé todo como si lo leyera en un libro (más abajo veremos cuán bien acertó). Llueve sobre mojado, querido amigo, llueve sobre mojado, caen torrentes sobre mí, quieren que me ahogue, y yo no me ahogo en tan poca agua, porque la misericordia de Dios me saca á flote: pasa el torrente rugiendo, y me quedo en la superficie.

Adoremos los designios de Dios. Todo esto es muy providencial, y un día se verá muy claro, porque *lo futuro es muy diferente de lo que se figuran mis amigos;* y al propio tiempo es castigo de mis grandes pecados y *purificación y preparación para ulteriores empresas.* No será esta la última de mis tribulaciones: necesito de otras.

Vea usted como no iba yo descaminado en mis anteriores al suponer que de Venecia podría nacer algo... Como por la merced de Dios no necesite yo de ciertas reprimendas para comprender las cosas y en las mismas cariñosas cartas de Melgar descubra un fondo repulsivo, sé á qué atenerme.

Tenga usted la seguridad absoluta de que, si algún premio merecemos en la tierra, *ese premio no vendrá de quien piensan los carlistas.* Descubriré á usted un secreto que le va á pasmar y que á los ojos de usted aumentará el valor de mi sacrificio. Hace mucho tiempo que, después de meditarlo muy seriamente, sospeché que don Carlos no llegaría á ser nunca rey de España; las sospechas se convirtieron en una media seguridad, y esta es hoy casi completa, pareciéndome que se convertirá en absoluta. Sin embargo, hasta ayer trabajé (y después continúo trabajando activamente) por su Causa, como si mañana hubiera de reinar, porque su Causa, en cuanto á principios, es la de Dios y de España.

«*Se acerca el momento,*» me dice usted. Sí, mi querido amigo, se acerca el momento; pero es el de la catástrofe. Esta es mi convicción antigua, cada día más firme, porque Dios no puede bendecir *eso.* Aunque don Carlos se ciñera la corona, no se la arrendaría yo por una peseta. Si por milagro me mandara él tomar parte en lo que se espera, la tomaría aun con evidente peligro de muerte; pero moriría con la convicción íntima de que la corona de España no es para él.

París 4 de Septiembre de 1899.

De lo mismo

Al mismo.

Continúo la tarea suspendida ayer. Mi estado de ánimo es indescriptible: no sé qué querer ó no querer en cuanto á carlismo, porque todo lo hago mal...

Tengo presentimientos terribles. Vengo diciendo tiempo ha que no tardaría en llegarme una nueva y gran tribulación, y la estoy pasando. Ayer dije á usted que no será la última, que necesito de otras, y verá como acierto. La naturaleza lo siente, el espíritu no, antes bien se alegra, porque Dios le da luz para ver clarísimamente que *sólo por el camino de las humillaciones ha de llegar al término de su vocación.* No sé el cómo, no sé la hora, pero sé que ha de ser así. Soy un indómito, y Dios me hace andar á fuerza de palo: hágase su voluntad.

Le felicito por el gran paso de unión que ha dado usted y hecho dar al *Diario*... Ahí parará todo, ó no hay salvación para España; mas, pese á los unionistas de Burgos (acababa de celebrarse el Congreso Católico), *no se logrará esa unión por ahora: tiene que venir antes la derrota,* en virtud de la cual se deslindarán los campos. Aun con eso no se acabará la confusión, que va á parar en un cisma general, tremendo, sangriento, y que *asoma-*

rá la cabeza al morir León XIII. Dados mis estudios y mi vocación, yo podría hacer algún bien y no me lo dejan hacer. Quizá de ese pequeño mal saque el Señor un gran bien: adorémosle.

Nada pierdo en el mundo, porque nada he ambicionado más que ser útil á mi Dios, á mi Patria y á mi Rey, dentro de mi humilde esfera. Lejos de desear el favor de los hombres, me aparto de ellos cuando veo que les doy alguna pena, cuya razón ellos se sabrán. Toda mi ambición ha consistido en ver el triunfo de la buena Causa y retirarme luego á vivir en la paz y el silencio con mi anciana madre. Esto lo saben todos los que me han tratado, y el conde de Coma me dijo una vez que D. Carlos está convencido de ello. ¿Qué puede desear en el mundo, mi buen amigo, el que de ese pérfido mundo ha recibido tan crueles desengaños?... No guardo rencor á nadie, ni siquiera al que usted sabe: ruego por ellos á Dios; pero crea usted que me han enseñado mucho, mucho.

París 5 de Septiembre de 1899.

Por haber sido carlista

Sr. Marqués de...

Mi querido D. M...: Tanto se llena el vaso, que al fin rebosa; tanto va el cántaro á la fuente, que por fin se rompe. Estorbo en el carlismo, amigo, estorbo mucho, no sé por qué, aunque lo supongo (por su intransigencia doctrinal), y estoy resuelto á darles gusto: me sepulto en el silencio, y aquí me tiene usted con la conciencia tranquila; pero con el desengaño en el alma y el sentimiento de haber sacrificado á los ingratos todo cuanto podía sacrificar en el mundo. Fortuna que antes que por ellos me he sacrificado por los principios, por las causas, por las doctrinas que no mueren ni abofetean como los hombres... Por lo menos tengo tal convicción de mi rectitud de miras, de mi abnegación y de mi buena voluntad, desconocidas de los hombres, que firmemente espero recibir de Dios la recompensa.

Si es preciso morir por los sanos principios, moriré; mas no he de mover ya ni un pie por las personas: de mí no lo merecen, aunque no dejo de reconocer la misión sublime y providencial de alguno, misión que, *si no acabó acabará pronto, pues no va tan lejos como se supone.*

Otros se gloriarán de haber luchado en la prensa, en la conspiración, en el campo de batalla, en el Parlamento, con su influencia, con su saber, con su dinero; yo digo: Paso por loco y deshonrado por haber sido carlista; sufro bofetones de amigos y enemigos por haber sido carlista; estoy enfermo por haber sido carlista; no tengo esperanza de salud ni de haber vivido con relativo desahogo, por haber sido carlista; estoy socialmente inutilizado por haber sido carlista; ando todavía bajo el peso de las censuras de Roma, por haber sido carlista; vivo y padezco en el destierro, por haber sido carlista, y el premio es la ingratitud más monstruosa. Esas son mis glorias, caballeros: ¿os parecen pequeñas? Pues yo no las cambio por las de mayor bulto: hicisteis bien; Dios os lo pague.

D. M., voy á darle un consejo, y le ruego que lo siga al pie de la letra: creo habérselo aconsejado otras veces. No me defienda usted por nada del mundo. Si oye hablar mal de mí, oiga y calle... Soy lo que soy ante Dios y sólo de Él espero la recompensa. No se cuide de mi buen nombre, que de aquí á poco no hay mucho: se sabrá quién es quién, sin que los hombres se tomen el trabajo de averiguarlo, y *«serán los primeros los últimos y los últimos los primeros.»*

París 5 de Septiembre de 1899.

Beneficio y perjuicio

Sr. D. V. C.

Ni Melgar, ni usted ni otro carlista seglar, que yo sepa, cayeron en cuenta de mi razón. La de ustedes, Melgar incluso, era dejar que Pey «prosiguera su labor», como usted dice, por el *beneficio político* que hacía al carlismo combatiendo á Nocedal y otros: la mía era quitarle la careta, por el *perjuicio religioso* que hacía á los carlistas. Entre el perjuicio y el beneficio, escoja usted: yo, por mi parte, le juro que, ante mi religión, no hay carlismos que valgan; y que si por el carlismo no he de poder defender mi religión, reniego de él. •

Además de que, **todo el beneficio que haga «El Urbión» á los carlistas y todo el daño que haga á Nocedal, que se convierta en polvo y me lo echen á los ojos, y no los he de cerrar.** Tomaron ustedes el escándalo por razones, y *siento el chasco que se van á llevar.*

París 6 de Septiembre de 1899.

De cómo se hace un perjuicio al nuevo carlismo

Sr. D. J. R.

Tales cartas he recibido esta semana (contra su libro *Los Consejos del Cardenal Sancha*), que casi todos han sido inmediatamente rasgadas para que nunca me venga la tentación de contestarlas y para que se me borren de la memoria sus firmas. De Venecia nada me han escrito, y *tengo por indudable que más vale así* (en efecto, más valía, como lo probará luego una carta dirigida al señor Melgar). Ahora ya no hay remiendo...

Por lo visto he pasado por el carlismo haciéndole mucho daño... ¡Cuánto deploro haber sido tan torpe que he causado graves perjuicios queriendo hacer bien! Verdad es que, según Santo Tomás, «el acto exterior nada añade al mérito esencial de la acción; de modo que, el que tiene voluntad perfecta de hacer bien, merece tanto como si realmente lo hiciera»; pero estas son cosas demasiado altas para los políticos sin entrañas.

Que Dios me tenga de su mano y me de valor de presentar á los bofetones la otra mejilla; que Dios perdone á todos, á todos los que me quieren mal y premie á los que me quieren bien...

París 9 de Septiembre de 1899.

Ilusiones.—Derrota

Sr. D. B. B.

«Sin creerte profeta, me decías en Agosto, creo todo cuanto me dices, con la seguridad de que acertarás; pero ¡qué desaliento se apoderaría de la mayor parte de los carlistas!... porque es tanta la confianza que todos tienen en el triunfo...» todos lo aguardan con seguridad muy

pronto, y más desde los sucesos de las placas del Sagrado Corazón, pues esto hará que se unan todos los católicos, y esta unión se supone que dará robustez al partido.»

Ilusiones, amigo B., ilusiones. *Ni está cerca el triunfo ni la unión*, la cual no vendrá sin aquél. No soy profeta, dices bien; pero ya verás como acierto, porque mis fundamentos no son leves. En cuanto á la necesaria derrota carlista de que te vengo hablando, bien pudiera consistir en el fracaso de las gestiones para un levantamiento (¡qué profecía!), pues *esto equivaldría á una gran derrota*, porque descorazonaría á no pocos carlistas.

París 9 de Octubre de 1899.

De la carta al Cardenal Sancha

Sr. D. F. L. S.

Pues dígame usted, amigo mío, ¿no era todo esto muy bastante para que yo, que tengo bastante menos orgullo que fuego de temperamento, y que temo sobre todo el escándalo, pidiese perdón de mis frases inconvenientes para tapar la boca á tanto embustero escandalizado y desengañar á los otros que me acusaban con su silencio? La culpa, pues, de mi *Carta al Cardenal Sancha* no está en éste, sino *en los carlistas*. Los disgustos que en el mismo folleto preví y que usted menciona varias veces compadeciéndome, han salido y saldrán como yo los esperaba, esto es, vienen *por parte de los carlistas*, cosa que no puedo decir al público.

Dadas las ausencias que más de dos habían hecho de mí en muchas partes, bien podía yo prever lo que había de resultar, y lo preví, y me lo estoy pasando. Mi continuación en el carlismo creo que es heroica; aunque, á decir verdad, *me he dado por separado de la organización que con esos hombres me unía políticamente, y me quedo en el terreno abstracto de la Causa:* no quiero saber nada de lazos políticos; que los muertos entierren sus muertos.

Mi carta al Sr. Sancha, lejos de ser una retractación, es una confirmación solemne de mi folleto, excepto en cuanto á la inconveniencia de alguna frase, que fué de lo que pedí perdón. Abunda V. en este parecer, y no creo que sea V. solo.

París 19 de Octubre de 1899.

De la misma

Sr. D. J. R.

Se dice con alguna insistencia, según parece, que el P. Corbató se ha hecho liberal para ver si consigue *algo*. ¡Qué cosas, válgame Dios! Y lo dicen por mi carta al Sr. Sancha, sin que obste la segunda (á *La Correspondencia de Valencia*). No comprenden que los causantes de la primera son los carlistas, nadie más, que con sus acusaciones y omisiones me espantaron, haciéndome llegar á creer que era escandaloso el lenguaje de mi folleto: por escrúpulos de liberales no la hubiera escrito yo aunque se hundiera el mundo. Una de las omisiones que más me han impresionado ha sido el silencio de Melgar. Ni sé qué piensan del folleto, ni siquiera si han recibido los ejemplares.

París 5 de Noviembre de 1899.

Errores supuestos y falsedades verdaderas

R. P. E. E.

El carlismo se disgrega á toda prisa. Aun se trabaja, pero es de una manera que da lástima. Una guerra perdida quizá nos hubiera hecho menos daño.

De mí dijo el Rey: «Tengo al P. Corbató por muy buen sacerdote y muy buen carlista: si ha cometido errores políticos, será debido á sus circunstancias y otras cosas». Con esto parece que cortó una conversación que se llevaba.

Mis errores políticos son como el haber combatido á Pey, cosa que la plana mayor carlista no me perdonará nunca, y haber pedido perdón al Sr. Sancha, cosa que aun me perdonarán menos.

Al cura le dijo (Melgar): «Supongo que el P. Corbató estará muy enojado conmigo porque no le he contestado (para acusar recibo de los ejemplares de *Los Consejos*): ¿qué voy á contestarle, si me escribe consultándome la conveniencia de publicar su folleto, y al día siguiente lo recibo impreso?». *Esto es absolutamente falso:* así se fingen las cosas y así se le dicen al Rey. Jamás se me ocurrió consultar con Melgar semejante cosa. (Esta falsedad de que el P. Corbató se defiende ha corrido de boca en boca, y todavía no hace muchos días que de ello se le acusó por carta).

París 14 de Noviembre de 1899.

Dios no lo quiere

Sr. D. S. M.

Siendo ya de cajón «la poca previsión y abandono de nuestros conspícuos que, si meten mano en algo es para reventarlo», como V. dice, no me maravilla poco ni mucho lo que V. me cuenta; antes bien, me maravillaría que una vez se hiciese algo acertado.

La actitud de Barcelona me entusiasma. Tendremos que lamentar lo que va á suceder; pero es un mal necesario, del cual pueden salir bienes incalculables. El triunfo carlista podría salir de ahí, como V. nota muy bien; pero ha de ver V., amigo mío, como *no se sacará partido de tan preciosas circunstancias*. «¡Será que Dios no quiere!» exclama V. No lo dude; aun no lo quiere, pues para purgar á los otros es menester que comencemos por purgarnos á nosotros mismos, en lo cual no se piensa. Tres nombres venerandos nos sirven para encubrir trescientos lagos de podredumbre. *Si algo bueno queda en España, eso está entre los carlistas*, contando por tales á *todos los que razonen según nuestros principios esenciales;* y aun así, lo bueno al lado de lo malo es como el Monjuich al lado del Himalaya.

En punto al triunfo de la buena causa tengo yo opiniones muy raras que V. conoce en parte; todas se resumen en dos palabras: *No se triunfará cuando, ni como, ni por quien, ni por los medios que se piensa.* El triunfo vendrá cuando nadie lo espere y por quien nadie espera. Los hombres mueren; los principios no.

París 15 de Noviembre de 1899.

Contradicciones, ingratitudes y calumnias

Sr. Marqués de...

Tanto mayor afecto le voy cobrando, cuanto más

motivo tengo de sospechar que anda usted por los caminos de la tribulación que yo tengo trillados. No desmaye nunca; *post nubila Phœbus:* ó por decirlo cristianamente, «después de la tempestad envía Dios la bonanza, y después del llanto infunde alegría.»

En este mundo no hay una empresa notable acepta á Dios que no sufra contradicciones, y muchas veces son estas la medida de la bondad de aquella. Si en el hecho erramos como hombres, presente está ante Dios la buena voluntad y el sacrificio que los hombres suelen desconocer. ¿Qué mucho, cuando se ve, por ejemplo, á un Hernán Cortés calumniado de muchos y despreciado por el mismo Carlos V? Y eso que Cortés pudo responderle, cuando le preguntó quién era: «Señor, soy un español que ha dado á V. M. más provincias que ciudades le dieron sus mayores». Sin ejemplos análogos no habría historia.

Nada quiero saber ni percibir de un libro que ha servido á los de casa para darme tan grandes disgustos, que he tenido que elevarme á la serena región de los principios y permanecer allí firme con la vista en Dios, diciendo á todo lo demás, hombres y cosas: «Pasad, pasad todos, todos y todo; no os conozco; no soy vuestro, soy de los principios; no soy de los hombres, soy de Dios; *omnis homo mendax.*» Sin duda algunos asnables valencianos lo han advertido y dicen ahora que soy un apóstata «porque me he pasado al liberalismo». Eso más me faltaba padecer de los carlistas... Todo esto acabará de un modo que nadie espera.

París 15 de Noviembre de 1899.

Cualidades de un conspicuo y cosas de chicos

Sr. D. Fr. L. S.

P. volvió al carlismo para castigo de éste; P. es un hombre funesto, tanto más cuanto es más solapado y envidioso; P. está engañando á Melgar y *á otros.* No tengo inconveniente en que usted se lo diga, porque yo suelo responder de mis afirmaciones, al contrario de lo que él hace; y crea usted que deseo ocasión de podérselo probar en sus propias barbas. Tiene ese hombre mucha labia y poco meollo; y si se le concede talento, yo no le concedo entendimiento: lo que sí le concedo es mucha vanidad, mucha envidia, mucha malicia y mucha cobardía. Digo lo que es público, aparte de algunas cualidades que no le niego. Los de arriba y los de abajo *se desengañarán un día,* tarde por desgracia.

Reputo un colmo de imbecilidad ó de mala pasión eso de sostener P. que los escritos de Pey son *vitandos* y que, con todo esto, obro yo mal en impugnarlos, por si hace ó no hace bien á la política carlista combatiendo al señor Nocedal. Es decir, que la política carlista medra hoy con las herejías y los cismas y no quiere que se los combata. Pues si todos los carlistas son como P., reniego de ellos un millón de veces. Antes del carlismo está el Catolicismo, antes de la conveniencia la conciencia.

Hace usted una gran calificación de las cosas carlistas de actualidad, al decir que «le parecen cosas de chicos y niñerías y querer jugar á hombres, por no decir á soldados, y que lejos de favorecer, hacen caer en el ridículo». Conforme, muy conforme: así ha sido y así será. Y sucederá más que el ridículo, pues al fin se irá á parar á un desastre horroroso: castigo de Dios por la insensatez de los que, en gracia de la política, dan beso de paz al cismático y herético urbionismo, sin duda para regenerar el Catolicismo y la Patria.

A los P., pues hay más de uno, aconsejaría yo que comiencen á girar la casaca para cuando esto suceda... Esos son los que privan hoy; esos serán mañana los culpables de la catástrofe.

París 17 de Noviembre de 1899.

Triunfará la causa, no el partido

Sr. D. M. J.

Nada espero de provecho para la Causa, y cada día lo espero menos. *Nisi Dominus ædificaverit domum...* «No deje de darme noticias», me decía usted. En verdad, más de cuatro hubiera podido darle; pero ya que todas habían de ser al tenor de lo dicho, ningún interés tuve en comunicárselas.

A pesar de todo, estoy firmemente convencido de que, si el carlismo, tal como es *hic et nunc,* no puede triunfar en España, *triunfará la Causa de las Tradiciones patrias* que no puede morir como los partidos. Cuando acabe la acción de estos, entrará la acción de Dios.

París 20 de Noviembre de 1896.

Como siempre.—Disolución

Sr. D. A. V.

Ya ves que ni por inventos bélicos ni pacíficos espero á los que tú llamas *los míos,* subrayándolo. Si vinieran, ofrecería mis ideas por lo que pudieran valer; pero su no venida no es causa de que yo me cierre. Otros vendrán, *los míos,* LOS MÍOS, LOS MÍOS, y entonces valdrá lo que no vale ahora y saldrá lo que está oculto. Los que tú llamas *míos,* los carlistas, tienen un programa magnífico y unos procedimientos que no lo son tanto; y si quieres que te lo diga de otro modo, son algo de Dios y mucho de los hombres. Hablo ahora en general, sin cuenta con las muchas excepciones que hay. En procedimientos se han liberalizado un poco, siguiendo la corriente que arrastra hasta ministros de Dios en alto puesto colocados. Yo pienso como siempre, ellos no (salvas las excepciones). Me quedo donde estaba, váyanse ellos por donde Dios consienta. Si les he defendido con tan buena voluntad y abnegado espíritu, ha sido por sus principios de gobierno, principios que seguiré defendiendo mientras Dios me de un poco de luz; no ha sido por personas ni por afanes de medro.

¿Cuáles son, pues, los verdaderamente, los absolutamente *míos?* Confío que *no tardaré en podértelo decir...* Si quieres que acabe de exponerte mi opinión en cuanto á los carlistas, sea. Mal puedo esperar su venida ó su triunfo, como tú supones, cuando mi parecer, ya viejo, es que el *partido* carlista se deshace sin remedio. Quizá vendrá una guerra, ó *por lo menos una intentona,* y *caerán indefectiblemente.*

Como te he dicho, esta opinión mía es ya vieja; pero algunas veces me han hecho vacilar las seguridades absolutas que me daban el Sr. Marqués y otros. Cuando me

guiaba por su parecer, parecía expresarme de un modo, y de otro muy diferente cuando hablaba según mi criterio exclusivo: veo que lo tuve más acertado que ellos.

París 15 de Diciembre de 1899.

Probabilidades

Sr. D. V. C.

Dada la situación actual de España, el carlismo tiene que romper por un lado ú otro, y usted mismo dice que en Cataluña se prepara algo gordo. *Si el carlismo rompe, más gorda será la derrota*; para mí es indudable. *Si no rompe, se deshace por desengaño*, quizá más aprisa que con una derrota. Siempre quedará mucha parte, pero impotente ya. Tenemos, pues, muchas probabilidades de disolución contra muy pocas de triunfo...

Quisiera engañarme, que todo fuera sincero, que la unión se hiciese sencillamente, cristianamente, caballerosamente; pero conociendo un poco las partes y sus intenciones y ambiciones, todo me parece farsa y atildado orgullo.

París 16 de Diciembre de 1899.

Misión carlista y misión españolista

R. P. Fr. E. E.

Vamos al asunto carlista. Coincidimos por entero en juzgarle; quizá no tanto en cuestión de una fecha. «Lo poco bueno que queda en España se debe, después de Dios, á los carlistas, y si nuestros conspicuos gobernantes no desbarran más y se contienen en alguna cosa, es por temor á la sombra carlista». Hago mías estas palabras de usted; y aun diré que tanto es así, que los grandes hipócritas han tratado de vencer el carlismo robándole la parte más *sensible* de su programa, esto es, la descentralización económica; pero como el diablo sea la mona de Dios, no han sabido hacer más que una parodia indigna.

Sin embargo, *el carlismo toca á su fin.* Ha tenido una misión providencial, bien expresada con las palabras de usted, y la ha cumplido de una manera digna y heroica que le hace acreedor á todos los honores de la epopeya cristiana y á la veneración de la Patria. Análoga fué la misión del pueblo hebreo; y si fué el conducto de la regeneración del mundo, no fué el regenerador: el carlismo es también conducto de la nueva regeneración del mundo, es el depositario de los verdaderos principios católico-sociales de gobierno, pero no está llamado á ser el regenerador. Cumplida ya su misión, él toca á su fin. En efecto, considérelo usted atentamente y verá que se desmorona muy aprisa.

El regenerador será un Matatías improvisado, una Juana de Arco, un Pelayo que surja de improviso, cualquier Pedro el Ermitaño como aquel no conocido por quien clamaron no ha mucho algunos periódicos carlistas, entre ellos el propio *Correo Español.* La sociedad actual no se ha de salvar sino por esta España hoy aniquilada: *ex ore infantium et lactentium.* Vendrá, pues, un regenerador cuando suene la hora de la Providencia, y Dios estará con él.

Humanamente hablando, la obra de ese gran español, que sabe Dios quién será, no sería posible sin el pasado carlista; por eso la Providencia nos dió el carlismo. Diré más: si por carlismo se entiende, no un partido que se funda en los intereses de una persona ó familia, *en lo cual está convertido hoy*, sino un pueblo, una comunión que responda absolutamente al lema *Dios, Patria y Rey*, el carlismo seguirá existiendo y será el que triunfará de nuestros tiranos y del mundo. En este concepto le he considerado y defendido yo y en este seguiré haciéndolo mientras Dios me de luz y vida. O por decirlo con palabras de usted, «nosotros hemos de seguir por el mismo camino y en la misma actitud hasta la muerte, mientras las cosas y personas no varíen muy notablemente».

Yo diría que, refiriéndose usted á principios y causas, *así hemos de seguir aunque personas y cosas varíen*, que sí han variado, y no poco, á mi parecer. El Programa carlista es tan puro y venerable como siempre; las aplicaciones no. Triunfando como hoy es, el carlismo no nos regeneraría.

Se necesita, pues, que otra agrupación recoja la herencia que los carlistas van abandonando, y *esa agrupación vendrá*, no lo dude usted, *sea para que triunfe Don Carlos*, sea otro conocido. Al carlismo, nombre demasiado personal, debe suceder el ESPAÑOLISMO; á los carlistas los ESPAÑOLISTAS, título que significa bastante más que españoles. Si vienen, como es de esperar, *no serán enemigos de Don Carlos*, seguro que no; pero no han de estar sometidos á la organización carlista, que siempre ha sido manantial de bajas pasiones y divisiones de muerte.

París 20 de Diciembre de 1899.

Carlismo y españolismo

Sr. D. B. B.

Dices que no se concibe tanta falsedad y que no son carlistas los que tales cosas hacen. Por desgracia te equivocas, precisamente en lo que es causa de la desastrosa situación del carlismo. ¿Qué entiendes tú por ser carlista? Pues hoy, tal como están las cosas, carlista quiere decir *partidario de un jefe de partido que se llama Don Carlos.* Para ese viaje no necesitábamos alforjas, ni reventarnos por cosas de partido los que nunca hemos querido ser más que españoles.

Advierte que *no hablo contra Don Carlos*, á quien respeto y quiero como siempre: hablo contra esos que tú dices que no son carlistas, y yo digo que lo son, y considerados y creídos y seguidos de muchos; hablo contra esos que seguirían á Don Carlos aunque éste se hiciese liberal, pues ellos lo son no poco. Abundan: lo mismo les da empezar por la cabeza que por los pies, y aún diré que por los pies les cuadra mejor; de suerte que para muchos el lema carlista es *Rey, Patria y Dios*, y no faltan quienes se contentan con el primer nombre.

Sí, amigo mío, ser carlista no significa ya ser «defensor de Dios, Patria y Rey», á no ser en pura teoría. El Programa carlista es el de siempre; las aplicaciones están inficionadas de liberalismo. Si el partido carlista triunfara tal como es hoy, esto es, partido, y por ende malo y liberalizado, sería una desgracia para España, y habría que perder toda esperanza próxima de regeneración.

Lo que se necesita es formar una agrupación que

tome *todo el Programa carlista* y prescinda de la organización y tendencias de esos hombres viciados; una agrupación, familia, pueblo, comunión, no partido, en la cual quepan carlistas, íntegros, católicos incoloros y todos los que quieran formar parte. Defender todos lo esencial, lo que importa, y en lo demás que piense cada uno como mejor entienda; y el día en que Dios nos de á conocer por medios ordinarios ó extraordinarios quién es el salvador de España y cuál su hora, lanzarnos todos á la lucha para que triunfe y acabe con estos pillos de hoy.

El nombre de esa agrupación, de ese pueblo, debiera ser ESPAÑOLISMO. ESPAÑOLISTA quiere decir más que español; quiere decir partidario y amante de España, á diferencia de los partidos de hoy que lo son de una persona, ó de una familia, ó de su propia panza. Si ese nombre se aceptara y planteara como debe, bastaría para unir á los católicos.

París 21 de Diciembre de 1899.

Méritos de uno y miserias de otros

Sr. D. F. L.

Es verdad que P. me da por liberal—bien lo saben ahí—explotando inicuamente el asunto de la Misa semanal que digo á D. Francisco de Asis. Si dijera que no quiero estar en esa organización viciada en que sobresalen figurones como él y otros; que rechazo el yugo ó superioridad de semejantes hombres; que no quiero me den ya más bofetones y salivazos como á un mal vasallo suyo; que no debo soportar que los legos se arroguen el derecho de mandarme en asuntos de mi estado, según sabe usted haber sucedido más de dos veces (y por cierto de manera escandalosísima y tiranísima), entonces diría verdad P.

Para defender la causa hasta la muerte no necesito, ni quiero, ni debo estar dentro de esa organización: bien sabe usted cuánto me han escamado... Y el caso es que todo va sucediendo al tenor de mis presagios, *comenzando por aquel terrible asunto de Castellón*, y acabando por lo de Pey Ordeix. Conozco el corazón humano algo mejor de lo que muchos se figuran, y sé que *el mayor obstáculo para el triunfo son los mismos carlistas*, sobre todo los P...

Yo soy tan liberal, que además de los seis ó siete mil duros y los raudales de vida y de fama y de paz que en silencio he gastado por la Causa, acabo de sacrificarle, yo que nada puedo, unos *cien duros*, además de mi trabajo; sólo que esto es secreto, no suena, y P. que todo lo hace á son de trompetas, es incapaz de comprender estos sacrificios. Mató él la naciente «Juventud Carlista» de ahí, porque sí, y contra la aprobación de la Junta provincial; la restauré yo, le dí un periódico, le comuniqué tal vida, á costa de mucho dinero y trabajos y peligros, que á imitación de ella que fué la primera, surgieron las demás que hoy existen en España.

A nada de esto dí importancia, de modo que sólo lo saben ahí que lo vieron; y mientras la masonería hacía públicas sus tentativas de asesinarme, P. me perseguía en casa tan ferozmente como no necesito recordar, porque mi «Juventud» le hacía sombra, porque á él le estorba la de un tomillo, porque no entiende el mérito del sacrificio mudo. Son varios los que han tenido á bien despellejarme, Dios les perdone y á mí con ellos; pero creo que el más ensañado ha sido P., por su eterna y maldita razón de pensar que no puede él brillar sino afea á los otros. Con todo esto, repito que le perdono de corazón, y espero que se arrepentirá: entonces ha de ver, Dios mediante, que si tengo muchos y grandes defectos, no el de guardar rencor.

París 4 de Febrero de 1900.

Agradecimiento

Sr. D. R. M.

Es verdad; yo debo á unos amigos de Valencia algunos beneficios, así como á otros debo disgustos y pérdidas: á los primeros agradezco y á los segundos perdono. La fianza, la fianza... Amigo mío, es muy de agradecer aquella fianza de cinco mil pesetas, y más habiéndome aconsejado los mismos que la pusieron que me fugara aunque ellos la perdieran; pero sepa usted que uno de tantos, que pasa por ser el que depositó más dinero, me dirigió aquí una carta recriminándome por haberme fugado, pues á su juicio debía haberme dejado coger y meter en la cárcel para que la fianza no se perdiera. ¿Cree usted que puedo agradecerle lo que puso? A los demás sí que lo agradezco de veras; y cuando yo me levante de esta postración,—que me levantaré no lo dude usted,—entonces cumpliré *con esa y otras cosas*; por que si he sido un desgraciado que no ha podido cumplir, no me falta la delicadeza que ojalá tuvieran muchos que me calumnian.

En cuanto á mis relaciones con el carlismo como partido político, no se empeñe usted en que sean otras. Estoy donde estaba, soy lo que fuí, no he variado; piense usted en quiénes está la variación. Por lo demás, yo creo que para los cadáveres no hay más que el hoyo.

París 14 de Febrero de 1900.

Grandes verdades

Sr. D. Francisco M. de Melgar.

Mi querido amigo: Voy á contestar con alguna detención á su favorecida del 13 del pasado. No se ventilan estos asuntos en treinta renglones: ármese usted de paciencia; lea por lo menos la primera parte.

Sr. Melgar, si de tejas abajo he cometido algún yerro, es haber tenido demasiado corazón para arrostrar sacrificios y peligros; es haber concedido excesiva confianza á muchos que en mi concepto no la merecían; y sobre todo, es haber castigado mi genio sujetándome á bárbaras imposiciones de santos sin conciencia. Con un poco más de malicia, de egoísmo y de insumisión, hubiera perdido ante Dios; pero tendría más paz en este mundo, que lleva al matadero los borregos como yo y teme á los perrazos que muerden: no se hubieran atravesado en mi camino los... bien convencidos de que tanto hablo fuerte cuanto me dejo llevar y aplastar, y seguiría en mi Orden, todavía amada. Basta ya de someterme á ser como acémila de arriero; protegido por la verdad y la ley, clavo mis ojos

aunque sea en el sol; y á quien esto achaque á orgullo y confunda el celo y la viveza con la soberbia, diré con Santa Teresa que «la humildad es la verdad.» La verdad *stetit contra reges horrendos*, dice el Sabio, y Dios manda no ocultarla á los grandes de la tierra que de ella no gustan, porque «la verdad es Dios.» Permítame usted que se la diga tan clara como el caso merece: no es ya el voluntario y rendido inferior, casi el vasallo, quien hoy escribe á usted; es el Sacerdote, es el Padre Corbató.

Sr. Melgar, querido Sr. Melgar, ¿se ha propuesto usted que yo acabe de arrepentirme de mis sacrificios por la causa? Pues imagínese que lo ha conseguido, *en cuanto á personas se refiere;* porque si no he sido, ni soy, ni seré rebelde, soy un gran desengañado. *Quédome en el terreno de los principios*, del cual no habrá fuerza que me separe mientras me ayude Dios, cuánto menos la verdad con que por dos veces confiesa V. ofenderme. La verdad no ofende, amigo, á quien por ella lo ha sacrificado todo y arrostrado las mayores ingratitudes: lo que me ofende es que se la invoque para faltarle, en puntos tan capitales como los que V. desflora. Decíame V. en una carta, cuya sinrazón alguien se encargó de probarle, cosas muy duras, como aquello de que «me deje llevar de mi hipocondría y doy rienda suelta á la imaginación, en vez de refrenarla, apenas se trata de despellejar al prójimo»; y que «mi amor á la verdad me ciega y me arrebata, llevándome á cometer las más palmarias injusticias y á creer como verdades de fe las más monstruosas falsedades»; y que «me empeño siempre en que el hambre y la naturaleza son todavía más negros de lo que son.» El cargo de V. no puede autorizar tamañas acusaciones, y la amistad tampoco, aunque fueran verdad; mas no por esto me lastimaron, y menos por considerarlas ofensivas, que á mí no me ofenden ya semejantes juicios de los hombres; lastimáronme por su ingratitud, porque eran el pago de V. el celo de amigo y de carlista con que traté de hacerle ver cómo quería abusar del señor y de V. aquel vividor de marras á quien V. juzgaba en todo caballero. Pues bien; hoy deploro tanto la ingratitud como la ofensa. Sí, hoy me ofende usted, no por sus juicios sobre mí, no por lo que V. piensa ofenderme, sino por algo peor que voy á indicar.

«Yo no podría decir á V. la verdad sin ofenderle.
»La verdad, ofensiva para V., sería la siguiente. Tiene »V. la pasión de andar por el reborde de los más pavo»rosos abismos... Me da miedo ver á V. haciendo equili»brios en esa terrible cuerda floja de las cuestiones can»dentes político-religiosas, á la que no concibo que se »resuelva á subir ningún carlista en los días que corre»mos, sin un deber ineludible, y *ese deber no existe*...
»Si V., á pesar de ello, se complace en desafiar el vér»tigo, yo no tengo misión para detenerle ni voluntad de »aplaudirle, y prefiero cerrar los ojos para no ver á un »amigo querido á punto de estrellarse en un tremendo »batacazo.»

Conservo cartas de usted que son explicación y confirmación de este párrafo gravísimo. Si con él pretende usted darme una lección en el terreno católico, cualquiera que ella sea, permita que se la rechace en absoluto; y si le parece que hasta en ese terreno es más de admitir su criterio que el mío, Mella le dirá, como á mí, que «ningún buen carlista puede poner peros á la doctrina de *Los Consejos;*» y Bolaños en *El Correo Español*, que «este libro sirve para resolver las cuestiones religioso-políticas actuales»; y no pocos teólogos, entre ellos algunos Dominicos y el Sr. Calatayud, que su doctrina es irrebatible. Entre estos de un lado, y usted, P. y algunas más de otro, la elección no es dudosa. Lo mismo podría decir de algo posterior. En cuanto á lo de antes, usted lo ha elogiado, y *El Catecismo*, en público, y por cierto que en el elogio me vindicó usted de la nota de *libelista* que yo no sabía me dieran y que hoy acaba usted por darme, cosa por cierto significativa é indicadora de viejas historias que usted niega. Volviendo al tema, no se ofenda usted, mi buen amigo, si le declaro que en los asuntos de que tratamos no le reconozco competencia sobre mí, delicadezas de amistad aparte.

Y si es que en el párrafo copiado habla usted como mero político, lo cual me parece, la gravedad es aún mayor y me da tristeza, Sr. Melgar, me da tristeza, atendido el cargo que desempeña usted. Creo que Nocedal batiría palmas si lo leyera, y que el carlismo se disolvería si se publicara. Tiempo ha que yo veo por dónde van las aguas y cuál es el camino de Sevilla, por hablar como usted. Lo sacrificamos todo á la política, todo al espíritu de partido; y ahí están, confirmándolo, la carta que usted me escribió sobre Pey Ordeix y la de ahora que viene á ser continuación de aquella. Ya entonces daba usted beso de paz á los escritos de Pey que le parecían favorables á la política carlista, á pesar de convenir en que los escritos eran vitandos, y reprobaba los míos, confesándolos ortodoxos; de donde se sigue que hay errores favorables á dicha política y verdades que la dañan. Hoy quiere usted que abandonemos por peligrosas, pavorosas, terribles, esas cuestiones vitalísimas de los principios religioso-sociales que dice no se deben defender y que ningún carlista debe tocar, sin cuenta con que tal abandono es la muerte inevitable del carlismo verdadero. Por eso, por matarlo revuelven y tuercen sus enemigos esas cuestiones que usted quiere abandonemos. Pues si se abandonan, amigo mío, si se dejan al arbitrio del adversario como usted quiere, la lógica impone borrar todos los principios fundamentales del carlismo y dejarle los de la mera política del interés personal; impone mutilar el lema carlista, quitándole *Dios* y *Patria*. ¿Qué queda, si abandonamos la defensa de los principios? Me parece que no pediría más el liberalismo de peor género. Si á eso se reduce hoy el carlismo, es un partido más, tan malo ó peor que los otros, y para ese viaje no necesitamos alforjas; es un partido herido de muerte, según hace treinta años previó el Rey en su *Diario*. Yo, pues, *me quedo en mi puesto, en el de las sanas doctrinas, y dejo que personas y partidos corran con su política á la perdición*, ya que no puedo remediarlo. Las lágrimas me brotan escribiendo esto: fortuna que Dios no engaña y es fiel premiador...

No tema V., no, que yo desafíe el vértigo, como V. dice; no tema que me estrelle de un tremendo batacazo, pues le juro que no lo daré mientras Dios me valga. En buen terreno estoy, no en ningún reborde de precipicio, y ando seguro de no caer; pero si el que puede condena

en regla mis escritos, en vez de batacazo recibiré un favor, pues me habrá sacado de un error que me faltará tiempo de abjurar, porque, gracias á Dios, no tengo la humildad ni el *talento* de Pey Ordeix, y quizá por esto algunos carlistas han cometido escándalos y atropellos y arrebatos con mis escritos que V. reprueba.

Repito, Sr. Melgar, que nada de esto me vino de nuevo, y asímismo repito que no me parece tenga V. estudios ni autoridad para fallar en estas materias ni decir cuándo se llega al borde del abismo. Es de creer que el batacazo que V. me anuncia se refiere á materia puramente política, y en esta no lo daré, porque lo he dado ya. Reprueba V. mis trabajos por segunda vez. Pues dado su cargo, ¿qué mayor batacazo puedo temer? Sin embargo la realidad es otra. No ha caído quien se mantiene firme, «intransigente en cuestión de principios» como dice D. Carlos; sí quien esos principios abandona y no quiere se defiendan, precisamente cuando el enemigo los combate para destrozar la gran comunión española.

Con todo esto, descanse V., amigo Melgar, que no le daré más motivos de tenerme miedo en asuntos carlistas. *No, no he tener responsabilidad alguna en el próximo y tremendo desastre del carlismo.* Lacerado el corazón por los desengaños, abrumado por la torpe ingratitud de los hombres, me retiraré para vacar á otros trabajos, víctima todavía de la censura canónica en que por mi carlismo me envolvieron cinco años ha.

Ceban su lengua algunos mezquinos en la Misa que digo los días festivos á D. Francisco de Asís, como si la Misa estuviera también sujeta á la política y fuera apostasía ganarme un pedazo de pan celebrándola ante un príncipe en absoluto divorciado de la política. Saben en Epinay quién soy, conocen mi historia, por lo cual más hacen ellos de admitirme que yo de ir. Sólo beneficio les debo, dignos son de toda mi gratitud, muy al contrario de no pocos carlistas de pega. Sin embargo, tranquilícense también en eso: no se ha de decir que mi actitud se inspira en el arte de medrar girando la casaca, lo cual por entero desconozco. *Me iré á Valencia ó á donde quiera Dios, así que acabe lo de Aparisi*; y este paria infeliz, sin licencias ministeriales ni Obispo que lo admita, seguirá sufriendo las tristes consecuencias de su carlismo abofeteado. Pero trataré ya de pensar en mi madre y en mí, visto de qué me vale haber pensado siempre en los otros, hasta que suene la hora de Dios y lleguen las grandes sorpresas que con fuego y sangre han de decir quién tiene razón. Al tiempo, Sr. Melgar, al tiempo.

REVISTILLA

Lo sabíamos.—El telegrafo nos comunicó días pasados que el Sr. D. Francisco Martín Melgar había dejado de ser secretario del Sr. Duque de Madrid y salido de la casa de éste. Nada dijimos, esperando la confirmación de esta noticia, la cual hoy es ya del dominio público. Crean nuestros lectores que no nos ha venido de nuevo, porque dábamos fé á las previsiones de nuestro querido Director. En una carta de este, fecha 15 Diciembre de 1899, léese un parrafito muy grave, y en este la frase siguiente:

Melgar, Melgar... Me dá V. pena y lástima, pena por lo que és, lástima porque caerá, caerá...

La caballerosidad nos imponía enviar LUZ CATÓLICA desde el primer número al palacio Loredán. Previendo el P. Corbató lo que ha sucedido, no quiso de ningún modo que la enviásemos á nombre del Sr. Melgar, para no tener que variar luego la faja: esta va simplemente al *Sr. Secretario del Palacio Loredán.*

En el Colegio de Corpus-Christi se han de proveer para el día 9 de Enero de 1901 dos plazas de infantillos vacantes en la actualidad.

Condiciones que han de reunir los aspirantes á las mencionadas plazas:

1.ª Haber cumplido siete años y no pasar de los diez; á cuyo efecto acompañarán la correspondiente partida de Bautismo.

2.ª Saber leer y escribir.

3.ª Buena conducta moral y desarrollo físico propios en su edad.

4.ª Conocer la LLAVE DE SOL.

5.ª y última. Tener voz competente á juicio del Maestro deCapilla de este Establecimiento, que deberá extenderse desde el DO debajo de la pauta, hasta el SOL agudo (de órgano) ó sean trece puntos de voz.

Advertencias:

1.ª La reputación y alto concepto que tan justamente tiene merecidos este Real Colegio, escusa toda recomendación, ya sea en orden á la buena dirección y aprovechamiento de los niños, ya también á la tranquilidad y sosiego de las familias cuyos hijos hayan de ser confiados á su cuidado.

2.ª El Rector dará verbalmente noticia á los padres ó encargados de los niños, de las muchas y sólidas ventajas que á estos ha de reportar su educación y estancia á la sombra de esta singular Institución debida al genio del insigne Prelado de Valencia, el Beato Juan de Ribera.

Tipografía Moderna, Avellanas, 11, Valencia.